

XXXVII PREMIO LITERARIO TAURINO «DOCTOR ZUMEL»

**TAUROMAQUIA DEL SIGLO XXI:
TOROS, TOREROS Y NUEVAS SUERTES DEL TOREO**

ROBERTO RODRÍGUEZ

Por lo que concierne al individuo, cada uno es, sin más, hijo de su tiempo.

HEGEL

Una obra de arte es un rincón de la creación visto a través de un temperamento.

ÉMILE ZOLA

PREÁMBULO

Un hombre, un animal y un escenario. Desde hace más de tres siglos, se citan en el ruedo toreros y reses bravas para officiar la fascinante liturgia de la lidia. No obstante, esta lidia se ha modificado en el transcurso del tiempo. Mucho ha cambiado de aquella de la que hablaba José Delgado, *Pepe-Hillo*, a finales del XVIII, a la que hogaño se practica. Como el arte mencionado en el pòrtico de su obra —*Tauromaquia o arte de torear á caballo y á pie*— posee otro significado al arte unido a los toreros *de pellizco*. Porque el arte de Pepe-Hillo responde al «conjunto de preceptos y reglas para hacer bien una cosa»¹, mientras el unido al toreo de, verbigracia, Curro Romero o Rafael de Paula es el que, conforme a la segunda acepción del vigente DRAE, produce «estimulación estética» en el aficionado. Dos significados, no iguales, muy descriptivos de la misma mutación de nuestra querida fiesta.

El presente trabajo versará sobre toros, toreros y nuevas suertes en el siglo XXI desde dos aspectos: por un lado, en lo concerniente a lo que de él llevamos recorrido; por otro, pronosticaremos lo que quizás acontezca en el futuro. Pero tal y como para prever el trayecto final de una flecha debemos tener en cuenta la dirección que tomó desde que salió del arco, así nosotros, como punto de partida, viajaremos al XVIII, cuando a juicio de Pepe-Hillo, gracias a su propio saber y al saber de José Cándido, de Costillares, de Pedro Romero y de Juan Conde, «tratamos los Toros con el mismo desprecio que si fueran Carneros»². Luego nos detendremos en los dos siglos siguientes, con sus particularidades más relevantes que nos ayudarán a entender la progresión histórica de las corridas de toros. Y así, pian piano, arribaremos a nuestros días.

La sociedad, el público, como agente transformador de la tauromaquia

Sin parar en mientes, todo aficionado es consciente que el burel al que se enfrentaron los citados diestros dieciochescos es otro distinto, en lo relativo a conducta y características morfológicas, al astado que nosotros vemos salir por la puerta de toriles. Desde ese remoto ayer hasta hoy, la selección de sementales y vacas de vientre, el desarrollo de la misma crianza del toro de lidia, han desembocado en las reses que actualmente pastan en el campo bravo.

¹ J. Sánchez Neira, *Gran Diccionario Taurómico*, Madrid, Imprenta de R. Velasco, 1896, p. 109.

² Josef Delgado «Illo», *Tauromaquia o arte de torear á caballo y á pie*, Cádiz, Manuel Ximenez Carreño, 1796, p. 6.

Si esto afirmamos del toro, otro tanto podemos aseverar del torero en cuanto a las habilidades desplegadas en su actuación. Para Pepe-Hillo y para los coletudos coetáneos a él, el sometimiento del oponente, y la pericia con la espada, constituían los pilares de su tauromaquia. La del diestro moderno, en cambio, está cimentada en dominar armónicamente las embestidas del cornúpeto cuyo deseable colofón será, igualmente, una buena estocada.

Sin embargo, debemos preguntarnos qué razón o razones han movido, y mueven, la transformación del canon taurino. Una transformación que, por supuesto, nunca, en ninguna etapa, se ha producido de súbito sino gradualmente.

Algo sí es idéntico: todos los toreros, de todas las épocas, han buscado el reconocimiento del aficionado. Lógicamente, el torero, para alcanzar ese anhelado prestigio, debe provocar el aplauso del respetable. Si bien es innegable que no tiene por qué existir una sola tauromaquia en un periodo determinado —aun siendo una de ellas la preeminente—, no es menos cierto que tomada una tauromaquia, cualquiera que sea la elección, esté fundamentada en el clasicismo o en la más intrépida osadía, caso de no hallar eco en la plaza, está condenada al fracaso, al perpetuo olvido.

Porque la manifestación taurina es una manifestación efímera, nace y muere en un breve espacio de tiempo; no permite, como otras expresiones artísticas, una incompreensión de sus contemporáneos que será profunda admiración en un futuro ya que, materialmente, permanece su obra. Piensen, por ejemplo, en Edgar Allan Poe o Virginia Woolf en las letras, o en Vermeer o Van Gogh con los pinceles: las mayores alabanzas de sus creaciones llegaron después de que fallecieran.

También podemos inferir, salvo míticas excepciones, que el toro que no propicie la ejecución de una de las tauromaquias dominantes, será rechazado por los toreros. En otras palabras: los propietarios de los diferentes hierros, en las faenas del campo en las que se encauza el mismo destino de la ganadería, puntuarán con una nota más alta aquellas reses cuyas reacciones se adecúen a las preferencias de los espadas más anunciados.

Por lo tanto, si el torero repara en lo que complace al tendido, el ganadero no será ajeno a lo que demanda el torero para exponer su tauromaquia. Mas, siendo como fuere, toreros y ganaderos —y afición—, aun profesando un intenso amor hacia un estricto ritual de

raíces atávicas, no son del todo impermeables a los gustos y modas de los años que les toca vivir.

TOROS, TOREROS Y SUERTES A LO LARGO DE LA HISTORIA

Siglo XVIII. *Nace el toreo a pie*

El título de este capítulo quizá despierte controversia. Son varias las voces que, no sin razón, datan el comienzo del toreo a pie en fechas anteriores. Es constatable, por fuentes documentadas, que en siglos precedentes existían hombres que, no montados en ningún equino, burlaban las embestidas de toros o corrían delante de ellos. Sin embargo, creo, sería errado obviar la afirmación de Pepe-Hillo: «en principios de este siglo [XVIII], que el Toreo de á pie era bien desconocido, no se tenia por ocasion proxima»³. No seré yo quien contradiga al maestro sevillano, cuyo prontuario es inmejorable cicerone para recorrer este tramo cronológico.

El siglo XVIII no es un siglo más. La Ilustración marca uno de los hitos más importantes de la historia humanidad: modifica el papel del hombre común en el mundo; le confiere mayor peso en él. Por otra parte, en lo tocante a España, la dinastía de los Austrias cede en 1700 el trono a la de los Borbones.

Ambos hechos influyen poderosamente en el nacimiento del toreo a pie. La casa de Austria era taurófila —una taurofilia caballerescas, evidentemente—, algo que no podemos decir de la casa de Borbón: ella carecía de interés por practicar el toreo a caballo. El pueblo español, amante de los toros, que hasta entonces, en la arena, cumplía una tarea subsidiaria, pasa a desempeñar el rol principal; sin subirse a la grupa de ningún animal, naturalmente. Ha llegado el protagonismo para el hombre común que, hasta ese día, únicamente aspiraba a ejercer de subalterno.

Debemos tener presente el vínculo existente entre las primitivas funciones taurinas —nos referimos a las caballerescas, anteriores al siglo XVIII— y el arte de la guerra. El escritor Eduardo Palacios, *Sentimientos*, indica que «el ejercicio de la lidia servía, como los de gimnasia en nuestros días, para desarrollar o mantener las fuerzas físicas de aquellos guerreros»⁴. No en vano, en el libro de Pepe-Hillo, se citan, como alanceadores de toros, personajes ilustres unidos a la estirpe de las armas: al Cid Campeador, al emperador

³ Delgado «Ilo», *Tauromaquia*, p. 6.

⁴ *Sentimientos* (Eduardo Palacios), *Anuario taurino de 1883*, Madrid, Francisco Bueno y Compañía, 1884, p. 13.

Carlos V, a los reyes Felipe IV y Sebastián I de Portugal, y al conquistador Francisco Pizarro.

Ese carácter épico no está ausente en los albores del toreo a pie, donde «se vé brillar en su punto la obstentacion, primor y compostura. Y en la lidia observan acciones continuas de admiracion y gusto. Se mira una Fiera, acaso la mas feróz, burlada por los hombres en terminos, que parece imposible, luciendo en estas acciones cruentas una habilidad la mas sublime, en quanto lleva todo su fundamento en el valor y el espiritu»⁵. *La fiera, acaso la más feróz*, sí; todo sea para recalcar la naturaleza heroica del acto.

En la tauromaquia de Pepe-Hillo se habla de suertes de capa y de muleta y de cómo llevarlas a la práctica; pero estas tienen exclusivamente la función de preparar al toro para la suerte suprema, la «que llena mas cumplidamente el gusto, y la satisfaccion de los expectadores»⁶.

Antes de este siglo, aun habiendo testimonio de algún ganadero de bravo, la mayoría de las reses procedían de ganaderías boyares, bien nobiliarias, bien monásticas. Pero el XVIII es el de la eclosión de los ganaderos, del modo en el que hoy los conocemos, en explotaciones que, a más de agrícolas, se consagran a la cría de toros de lidia. Estas ganaderías dan origen a algunas de las castas fundacionales más señeras: la de Cabrera —hierro de don Luis Antonio de Cabrera Ponce de León—, la de Gallardo —hierro de don Francisco Gallardo—, la Vazqueña —hierro de don Gregorio Vázquez—, o la de Vistahermosa —hierro de don Alonso, don Francisco y don Tomás Rivas—.

Primeros ganaderos. Primeros hombres dedicados a la selección y crianza del toro bravo. El hombre comienza a intervenir en la evolución de la especie.

Siglo XIX. *La senda hacia el toreo moderno*

El tiempo avanza y la Ilustración, cuya huella fue, es, indeleble, deja paso a una corriente distinta, concretándose el movimiento pendular de la historia donde se alternan rotundas afirmaciones y réplicas no menos taxativas. El Romanticismo entra en escena.

Debemos entender esta contestación no como una enmienda a la totalidad sino como la parcial modificación del alma de la época, la cual cobró forma en hechos precisos, en el

⁵ Delgado «Ilo», *Tauromaquia*, p. 5.

⁶ Delgado «Ilo», *Tauromaquia*, p. 17.

ambiente y costumbres reinantes. Si en la Ilustración la intelectualidad revolucionaria pone los ojos en el pueblo —el poder reside en él, era uno de sus postulados—; en el Romanticismo es el individuo en cuanto tal, rebelde ante el orden social impuesto, el objeto de atención de artistas y escritores.

Muchos de los románticos no abrazan la fe taurica; es más, pregonan su antitaurinismo fundado, en muchos casos, en un europeísmo mal entendido. Un amor hacia lo foráneo cuya afectada carta de presentación lleva el membrete de *taurófobo*; odio criticado, a su vez, por plumas como la de Larra: sin gustarle los toros, le estomaga una salida de petimetres que hablan «una jerigonza de francés, italiano, inglés y español; para estos son insípidos los toros, y repiten con énfasis: *función bárbara*»⁷.

Aparte de inclinaciones particulares, los postulados románticos en los que se canta al héroe solitario cuyo destino está ligado a la indómita y colosal naturaleza hallan en el torero y en el toro, respectivamente, sus fabulosos representantes; y el hombre ordinario, como espectador, se siente identificado con el hombre extraordinario que se enfrenta a la impetuosa criatura silvestre: ve en él un yo sublimizado. Este hecho, unido a la corrida de toros como acontecimiento propio de una nación, la nuestra, aún convaleciente de las heridas originadas por la guerra de la Independencia —el sentimiento patrio está en plena ebullición—, se traduce en que la fiesta taurina ascienda a la categoría de nacional: debe reglamentarse el espectáculo; se multiplica el número de cosos erigidos —edificios públicos de una capacidad sin parangón en toda Europa—; los niños, piedra de toque de las predilecciones de un periodo histórico, sueñan con ser toreros.

Y es que, repetimos, el torero no debe entenderse como un ser independiente de su tiempo: está influido por el clima reinante que respira; es observado por hombres y mujeres que, así mismo, participan de aquello en boga.

En la primera mitad del XIX el torero es valorado, sobre todo, por la gallardía capaz de transmitir delante del cornúpeta y su destreza en la suerte de matar, ya que «no siendo los pases de muleta mas que una preparacion, digamos asi, para ella»⁸. A medida que el siglo transcurre, pesará, además, poco a poco, lo que estéticamente se realiza antes de

⁷ Mariano José de Larra, *El duende satírico del día*, Madrid, Imprenta de Repullés, mayo de 1828, p. 35.

⁸ Francisco Montes, *Tauromaquia completa, ó sea El arte de torear en plaza: tanto a pie como a caballo*, Madrid, Imprenta de D. José María Repullés, 1836, p. 170.

que el torero estoquee al animal; una progresión que irá paralela a un concepto menos cruento de la misma lidia.

Atendamos a lo escrito por *Abenamar*, seudónimo de Santos López Pelegrín, quien, amén de ser posiblemente el autor material de la tauromaquia de Francisco Montes, *Paquiro*, es uno de los primeros revisteros taurinos. Su testimonio sobre la «función el 14 por la tarde en obsequio de SS. MM. al regreso de su viaje», publicada cuatro días después, el 18 de agosto de 1828, en el madrileño *El Correo Literario y Mercantil*, nos permitirá entender la naturaleza del aficionado taurino de entonces al saber de qué deseaba tener noticia al leer el texto impreso en el papel volandero.

Abenamar, luego de describir pormenorizadamente el *circo de la plaza*, de dedicar un extenso panegírico a la fiesta brava, de recrearse en quienes eran los espectadores que ocupan las localidades, despacha, someramente, lo acontecido en la arena. Pongamos como ejemplo la narración del segundo de aquella tarde:

«Segundo toro. De D. Francisco Javier de Guendulain, de Tudela de Navarra (divisa escalorada). Blando, pero bravo; tomó ocho puyazos, mató el caballo á Pérez por haberle marrado, y concluyó el suyo á Ortiz por tenerle ya estropeado del primer toro. Le pusieron diez banderillas, y le mató Francisco González de una en hueso, rompiéndose el estoque, y otra asombrosa, ambas recibíéndole».

Como vemos, poco más que una simple relación estadística en la cual sólo se refleja lo relativo a puyazos, banderillas y estocadas. Nada se menciona de lances y de pases.

Lo escrito por los revisteros es un vehículo inestimable para penetrar en la mentalidad de quienes nos precedieron en el amor hacia la tauromaquia. Y así, nos es permitido viajar hasta algo más de tres décadas después para entender al aficionado de un avanzado siglo XIX. Del festejo celebrado en Madrid el 20 de junio de 1861, leemos en *La Correspondencia* sobre el cuarto toro lidiado por Cayetano Sanz, para muchos estudiosos el primer torero artista de la historia:

«Murió también a manos de Cayetano, que antes lo había toreado de capa regularmente, de un pinchazo, cuatro estocadas en hueso, otra corta y una un poco baja y algo delantera, todas á volapié, habiéndole pasado de muleta una vez de pecho, ocho con la mano derecha y diez y seis con la izquierda, y siendo desarmado una vez y cambiándose otra».

Aquí ya se incluyen los pases de muleta en el resultado estadístico, que nos lleva a la conclusión de que las suertes con las telas ya revisten alguna importancia. Aunque ese

anhelo de Cayetano Sanz por cuajar al toro con la franela puede provocar rechazo en el tendido, y hay tardes que, a juicio del crítico de turno, abusa «de los pases hasta aburrir al toro y al público, cuya mayor parte está por la brevedad»⁹. Porque la demora se penaliza. Una faena, en esta oportunidad de José Machío, en la inauguración del coso de la carretera de Aragón el 4 de septiembre de 1872, le produce «gran desazón» a Peña y Goñi porque tuvo, contados, veinticinco pases de «*toas familias*»¹⁰.

No obstante, la evolución taurómaca es imparable. Se elimina lo que se juzga innecesariamente cruento, como echar los perros a los toros reacios a entrar al caballo, una práctica de la que se hizo eco, entre otros autores, Alejandro Dumas en *De París a Cádiz*. Desde 1883, en este trance, con los mansurriones, se emplean las banderillas de fuego. Y si en las corridas se destierran episodios desagradables, el componente estético, en ellas, crece. Las palabras dedicadas a Fernando Gómez, *el Gallo*, en su retirada de los ruedos en 1897, son las propias que inspira un artista:

«Imposible es que olvidemos sus clásicas largas, sus artísticas verónicas, sus adornados quites, su elegante toreo de muleta y sus inimitables quiebros de rodillas, de los que no ha tenido inconveniente en decir Frascuelo: hay que desengañarse, eso no lo hace nadie más que el Gallo»¹¹.

Por supuesto, el astado es, por así decirlo, más dócil: es factible ejecutar un toreo que gana en belleza y conmueve al aficionado. Este atributo, el de la docilidad, debemos entenderlo no desde nuestro patrón, sino desde el patrón decimonónico. Sea como fuere, recordemos que Paquiro, en su tauromaquia, ya alude a los toros boyantes de esta guisa:

«Estos toros son los mas á propósito para todas las suertes, van siempre por su terreno, siguen perfectamente el engaño, y las rematan con tanta sencillez y perfeccion, y tan sin peligro del diestro, que parecen mas bien que una fiera, un animal doméstico enseñado por él»¹².

⁹ *Boletín de lotería y toros*, 24 de mayo de 1859, n.º 430, p. 20.

¹⁰ Antonio Peña y Goñi, *¡Cuernos!*, Madrid, Librerías de Murillo, 1883, p. 70.

¹¹ *El enano*, 4 de agosto de 1897, VI año, n.º 325, Madrid, p. 1.

¹² Francisco Montes, *Tauromaquia completa*, p. 95.

Siglo XX —primera mitad—. *Culmen y ruptura: la revolución que marcó su destino*

Excepción hecha de alguno de ellos, tal como Ramón María del Valle-Inclán, la mayoría de los intelectuales del 98 se posicionan en contra de los festejos taurinos. La fiesta de los toros, la más emblemática de las expresiones raciales, les produce indisimulado rechazo. Por el contrario, la Generación del 27, que pone en valor toda manifestación popular, es notoriamente taurófila. Cómo no iba a serlo si nace auspiciada económicamente por el gran Ignacio Sánchez-Mejías.

Si lo acaecido en el redondel es detonante de la pasión que suscita en la sociedad, nos hallamos en el periodo más extraordinario de toda su historia. En el tercio inaugural del siglo tiene lugar la, bautizada por Gregorio Corrochano, *Edad de Oro del toreo*, protagonizada, como ningún aficionado ignora, por Joselito y Juan Belmonte. El primero, el intérprete más fiel de la tauromaquia vigente hasta esa fecha; el segundo, el Pasma de Triana, el revolucionario del toreo: el que marcó un antes y un después. Porque nada volvió a ser igual.

Ninguna de las tauromaquias posteriores se entiende correctamente sin Juan Belmonte. Todas parten de su «parar, templar y mandar»; de su «te pones aquí, y no te quitas tú ni te quita el toro si sabes torear», que refutaba al «te pones aquí, y te quitas tú o te quita el toro» de Rafael Molina, *Lagartijo*. Porque en el toreo, hasta la irrupción de Juan Belmonte, el mérito del torero consistía en burlar las acometidas del animal gracias a la astucia apoyada en la ligereza de los pies. De ahí que al presenciar, hoy, una lidia en la que, por las oscuras intenciones del toro, el diestro no puede fijar las zapatillas en el albero, todo aficionado comenta que le parece asistir a una lidia decimonónica. No sería equivocado sustituirlo por una lidia *prebelmontina*.

No obstante, su inequívoco arrojo estaba sustentado en que vislumbró la transformación del toro: las embestidas de bastantes reses, con los engaños, ya era viable guiarlas desde el embroque hasta la salida de la reunión. Quizá de no tantas como él intuía, razón por la cual en innumerables ocasiones fue cogido: no eran pocos quienes pensaban que uno de esos percances sería el último. Como el Guerra. Ya saben que él aconsejaba que quien quisiera ver al trianero, lo hiciera sin tardanza; barruntaba que más pronto que tarde un morlaco lo retiraría de los ruedos.

Su tauromaquia fue la tauromaquia madre de otras muchas. La de Domingo Ortega, sustentada en el dominio, que añadió el cargar la suerte a la trilogía belmontina del

«parar, templar y mandar». O la de Pepe Luis Vázquez, cuyo núcleo era la difícil facilidad del clasicismo. O, claro está, la tauromaquia de Manolete: vertical, estatutaria; majestuosa.

El toro gana en fijeza. Esta cualidad espolea la inventiva de los diestros. Son muchas las suertes con las telas creadas en esta primera mitad de siglo. Entre otros lances, la chicuelina, la *tapatía*, la mariposa, la gaonera o la *caleserina*¹³. Y si hablamos de pases con la muleta, citemos el *de la firma*, la *pedresina*, la manoletina o la *arrucina*.

A medida que avanza el siglo, no todo gravita alrededor de la suerte de matar. De acuerdo, es la de más peso de la lidia: una gran estocada es razón más que suficiente para cortar un apéndice en la catedral del toreo y, por el contrario, el fallo con los aceros quizá eche por tierra todo el buen hacer que precedió al instante en el que el matador fue tras la espada. Y aún es válido lo escrito. Sin embargo, el quehacer con la muleta y la ejecución de las suertes propias de los tercios anteriores ya eran elementos a considerar en la evaluación final de la faena.

Persiste el afán de moderar la dureza de la función. Desde 1929, el caballo de picar debe salir a escena protegido por un peto que le evite la segura cornada. Con ello se elude la repugnante imagen de equinos mostrando sus sanguinolentas entrañas cuando no, directamente, sus cadáveres yaciendo en el anillo. Con la misma pretensión de dulcificar el espectáculo, en Portugal se había suprimido la suerte de matar a la vista del público: el astado, a partir de 1928, es apuntillado en la oscuridad de los chiqueros. Tal decisión no debemos olvidarla a la hora de profundas o discretas correcciones reglamentarias que busquen mitigar la severidad de la lidia. Además de corromper la naturaleza de la tauromaquia, no calmarán las intolerantes peticiones de los antitaurinos. En Portugal, estos aun claman hoy por la abolición de las corridas de toros.

Siglo XX —segunda mitad—. *Diversidad conceptual y crisis del toro de lidia*

En este periodo se hace evidente cómo lo que sucede fuera de las plazas, en cuanto a inclinaciones, a pensamientos, de la sociedad, influye en lo que se realiza dentro de ellas. Cómo entender si no un fenómeno como el de Manuel Benítez, *el Cordobés*.

No es lugar de posicionar en contra o a favor de su heterodoxa tauromaquia; es, simplemente, constatar lo inexplicable de su figura en otro espacio temporal al de la

¹³ N. A.: Los pases y lances, y otros términos taurinos, se transcribirán en redonda si están incluidos en el Diccionario de la Real Academia Española y en cursiva si son vocablos no recogidos en él.

España del desarrollismo; de la España que comienza a abrirse a una Europa joven y yeyé, transgresora y amante de la cultura pop. Y es que el Cordobés empieza y termina en él, excepción hecha de algún caso aislado que va más allá de lo estrictamente taurino.

Estamos en una España que deja atrás el campo para abrazar lo urbano —se cifra en que disminuye la población de las zonas rurales un 40% en esta segunda mitad de siglo—, dato que, cómo no, repercute en el planeta de los toros. No nos entretendremos, por obvio, en por qué nuestra fiesta está más ligada al mundo de la naturaleza que al del asfalto. El *modus vivendi* de los habitantes de la ciudad tiene escasa relación con la de los afincados en los pueblos y, consecuentemente, aquellos, por decirlo de algún modo, prefieren complacerse con estampas más amables y menos agrestes. Es otro factor para que el toreo armónico sea más del gusto del nuevo aficionado.

Son muchos los estilistas en el escalafón. La belleza en los lances y pases logra niveles altísimos, algunos desde el clasicismo —Antonio Ordóñez o Antonio Chenel, *Antoñete*; José María Manzanares o Julio Robles—; otros, desde el fagonazo estremecedor de una acusada personalidad—Curro Romero o Rafael de Paula—. El arte del toreo ya es, definitivamente, Arte.

Otros toreros deben su éxito a la seguridad técnica que poseen. La depurada destreza de Paquirri o Espartaco, de Dámaso González o Paco Ojeda, es ejemplo de su sólida labor; de pocos toros que estoquean no vislumbran alguna cualidad para, en lo que permiten, cuajarlos.

La Guerra Civil había diezmado la cabaña brava. Tal desgracia incidió en el tamaño de las reses durante más tiempo de lo razonable. Como la lógica exigía, quiso dársele una solución. Ocurrió, empero, que una anatomía mayor conllevó una pérdida de fuerza, agravada por una alimentación inadecuada. En las décadas postreras del siglo XX, en el último tercio de la lidia, multitud de astados pierden incesantemente las manos ante la desesperación del respetable.

Algunos aficionados se erigen en defensores de la verdad de la función. No les satisface plenamente lo que se le haga al toro si este, en la plaza, no exhibe el trapío propio de su raza. Aman las ganaderías más duras con las que se anuncia un ramillete de toreros especializados: entre ellos, Francisco Ruiz Miguel, los hermanos Campuzano o Manili. Estos aficionados juzgan a la mayor parte del tendido indulgente e inocentemente crédulo, defectos que, profetizan, conducirán a la degradación irremediable de la fiesta.

Por ello, incluso, asumen el papel de guardianes de la ortodoxia en la ejecución de las suertes.

Sólo un torero, José Tomás, pone de común acuerdo a tirios y troyanos. Heredero de la tauromaquia de Manuel Rodríguez, *Manolete*, la plasma con innegociable pureza. El siglo XX acaba como empezó, con un coletudo al que, como el Guerra aconsejaba de Belmonte, si deseabas verlo torear, había que hacerlo cuanto antes.

MEMORIA DEL RUEDO. RECAPITULACIÓN SOBRE LA EVOLUCIÓN DE LOS TERCIOS DE LA LIDIA

Antes de desarrollar el tema central de estas páginas, el cual versa sobre toros, toreros y nuevas suertes en el siglo XXI, creemos de provecho ofrecer un breve resumen de cómo ha cambiado la lidia a lo largo del tiempo: nos ayudará a comprender nuestro presente y a que la predicción que emitamos sea lo más atinada posible.

Insistimos, la razón principal de la lidia siempre ha sido su colofón, que por algo a la suerte de matar se la conoce como *suprema*. No obstante, otras suertes anteriores a esta, que en los inicios del toreo a pie eran poco menos que funcionales, han ganado en valor. Vayamos, primero, con los tercios que preceden a la suerte de matar, para luego detenernos en el que la contiene.

Primer tercio o tercio de varas

En el XVIII, todo lo que se le hace al toro tiene el fin de prepararlo para que el diestro realice con éxito la *suerte de muerte*. Los herederos directos de los caballeros, protagonistas de la lidia en los siglos precedentes, son los picadores, y con el útil que sostienen, la vara con la puya en su extremo, cumplen con el objetivo de aminorar la fuerza del astado con una técnica distinta a la actual, dado que aquel toro también es diferente al de hoy. Además, como bien saben ustedes, el animal que montan no porta ninguna protección con la que esquivar la cornada. En este contexto, el cometido del torero, el de ponerlo en suerte o quitarlo del caballo, lo lleva a cabo con verónicas a toros «francos, boyantes o sencillos»; o con la suerte de recorte, *de frente por detrás, a la navarra y a lo chatre*.

En el tratado taurino decimonónico por antonomasia, el de Paquiro, se añaden con el capote la *suerte al costado* y el galleo. Por lo que atestiguan las crónicas, aumenta la repercusión de las suertes de capa: en un principio, se computan los lances, más tarde si procede se celebran y, ya avanzada la centuria, se alaba la elegancia o belleza con la que se ejecutaron. En lo concerniente al tercio de varas en sí, el picador continúa a lomos de

un equino desprovisto de defensa. Las bajas de caballos se cuentan por decenas. Es más, el número de los que un toro mata es sinónimo de bravura. Aún estamos en una tauromaquia indómita en la que el público reclama «¡más jacos!» cuando la carnicería es ostensible en el ruedo.

El XX es el siglo en el que algunos aspectos taurinos desagradables para la mentalidad imperante se eliminan, como la desprotección del caballo. Por otra parte, nace la inquietud de regenerar este episodio crucial de la lidia, preocupación que aún continúa.

En lo que respecta al toreo de capa, alcanza un nivel tan excelso en manos de algunos diestros —léanse los nombres de Antonio Ordóñez, Curro Puya, Cagancho, Rafael de Paula o Curro Romero—, que se convierte en argumento irrefutable para elevar a la tauromaquia a la categoría de Arte.

Segundo tercio o tercio de banderillas

El propósito de este capítulo de la lidia es diáfano si tenemos en cuenta que a los rehiletes se los conoce, igualmente, como *avivadores* o alegradores: su función es estimular al toro luego de haber sufrido el castigo de la puya.

La tauromaquia de Pepe-Hillo califica este tercio como «vistoso», atributo por el que inferimos que era del gusto de los espectadores; es decir, quienes se consagran a esta suerte intentan materializarla con todo primor. Si en una primera etapa se clavan las banderillas de una en una, posteriormente es por pares, tal y como hoy se realiza.

En el siglo XVIII, según Pepe-Hillo, los banderilleros se aproximan al burel de dos modos, uno es al cuarteo, el otro, *a la media vuelta*. Paquiro, en el XIX, agrega otras tres: *al sesgo* —o *a la carrera* o *a tras-cuerno*—, *a topa carnero* y al recorte.

Si Pepe-Hillo declara como «vistoso» al segundo tercio, Paquiro recurre a «lucido» para hablar de él. Debemos tener presente que quienes lo practicaban revelan un plausible conocimiento de los terrenos. No es de extrañar, por tanto, que en aquella época se ejercitasen como rehileteros como paso previo a tomar la alternativa. Ilustrémoslo con el legendario Antonia Carmona, *el Gordito*, restaurador o creador —hay disparidad de opiniones— de la ejecución al quiebro.

En el siglo XX, muchos matadores, con el ánimo de exhibir un dominio de las más diversas suertes, cogen los palos. Desde un rey de reyes del toreo, como Gallito; pasando por diestros de extrema pureza, como Antonio Bienvenida; o de suprema torería clásica,

como Jose Miguel Arroyo, *Joselito*. Hasta los que, por sus poderosas cualidades, se diría absolutamente coherente que banderilleen, como ocurrió con Paquirri.

Tercer tercio o tercio de muerte

Paradójicamente, aquí hallamos, en cuanto a la valoración de la faena efectuada por el torero, el mayor cambio, al tiempo que se ha conservado desde el siglo XVIII el instante más crucial a la hora de premiarlo o no: la suerte de matar.

En su obra, trata Pepe-Hillo de parecida manera el capote y la muleta: menciona el *pase regular* —o sea, el natural— y el *de pecho*, exclusivamente. Y las palabras que abren el epígrafe «Suerte de muerte» son tajantes: «la Suerte de mas merito, mas lucida, a la mas dificil»¹⁴.

Paquiro, en el siglo XIX, no añade ninguno más a los dos de Pepe-Hillo. En cambio, sobre la forma de matar a los toros es más prolijo. De este trance, a parte del volapié descrito por Pepe-Hillo, Francisco Montes se detiene a explicar la suerte de matar *a la carrera, a media vuelta y a paso de banderillas*.

Ese siglo, a tenor de lo señalado por las crónicas periodísticas, se amplía el repertorio muletero. Además de los antedichos, aluden, entre otros, al *pase con la derecha*, al *redondo*, al cambiado y al *de telón*. Y como en los lances capoteros, en un primer momento sólo los enumeran para con el transcurrir de los años referir su calidad.

En el siglo XX, la fase en la que el matador sostiene la franela va ganando progresivamente en importancia, tanto en duración como en el catálogo de suertes que le es factible plasmar. Aquí una breve relación de nombres unidos a la grandeza del toreo con la muleta: Manolete, Rafael Ortega, Paco Camino, el Viti, José María Manzanares o José Tomás.

En cuanto al modo de matar, se emplean principalmente *la suerte del encuentro* y la del volapié, algo lógico si consideramos que la fuerza de la mayoría de los toros, en el desenlace de la lidia, es escasa.

¹⁴ Delgado «Illo», *Tauromaquia*, p. 17.

TOROS, TOREROS Y NUEVAS SUERTES EN EL SIGLO XXI

RASGOS DEL SIGLO XXI INFLUYENTES EN LA EVOLUCIÓN DE LA TAUROMAQUIA

Así como es un craso error estudiar tauromaquias pasadas desatendiendo el mundo exterior en el que se desarrollaron, otro tanto es analizar taurinamente el presente pasando por alto qué sucede, qué corrientes de pensamiento existen, fuera de los cosos. Con los ojos de hoy nos parece difícil asimilar que se llegara a tolerar la escabechina equina del tercio de varas, y, sin embargo, no les producía ningún escándalo a los hombres del XVIII o del XIX. Y ellos no eran mejores ni peores que nosotros: eran hombres de su época; una época determinada, con su propia idiosincrasia. Vayamos, pues, con las peculiaridades de la era contemporánea; aquellas que influyen, directa e indirectamente, en la fiesta de los toros.

Una sociedad que cambia vertiginosamente

Si echamos la vista atrás, observaremos que en un corto lapso de tiempo, nuestra civilización ha sufrido una transformación severa. Un magnífico caldo de cultivo, por todo lo que significa, es hallarnos inmersos en la *era cibernética*; una era que rompe fronteras, permitiendo que ideas e información —y desinformación— fluyan a un ritmo endiablado. Favorece todo tipo de alteración en la percepción de nuestro entorno, de nuestra realidad.

No es el tema central enumerar todos aquellos cambios constatables, pero sí aquellos que la tauromaquia no puede, no debe, permanecer ajena ya que la afectan directamente. Veámoslos.

- La revolución digital ha variado profundamente nuestras relaciones personales y el acceso al conocimiento, aunque éste, muchas veces, de forma superficial. La inteligencia artificial es el último capítulo de esta asombrosa historia.
- El afán de potenciar la ideología globalista desde organismos estatales y supraestatales ha generado reacciones dispares. En Europa, como respuesta crítica, una parte no desdeñable de la ciudadanía, en sus respectivos países, ha abrazado doctrinas que tienen su razón de ser en la defensa de su territorio nacional y de las tradiciones autóctonas.
- Factores como el cambio climático o como la percepción deformada hacia los seres irracionales, han propiciado que los movimientos ecologista y animalista

sean mucho más que testimoniales. Ambos credos, fuertemente vinculados el uno al otro, están presentes en nuestra vida cotidiana.

- Tal es la pujanza del feminismo que no existe manifestación humana, de cualquier índole, en la que, desde los sectores sociales más dispares, se reclame tanto un trato ecuánime como que se haga palpable la paridad entre hombres y mujeres.
- De manera continua, la influencia de la juventud como modelo vital ha sido patente. En nuestro siglo, dicho impacto se intensifica gracias a su protagonismo en la revolución digital.

EL TORO EN EL SIGLO XXI

Situación actual

Como no ignora todo aficionado, son muchos los problemas que asedian a los ganaderos de bravo: no se circunscriben a un único aspecto sino a varios de ellos, concatenándose. Verbigracia, al reducirse el número de festejos decrece la demanda de reses, hecho que conlleva, para el ganadero, una mayor dificultad de encontrar una plaza donde lidiar sus animales. Por lógica económica, su oferta para las temporadas subsiguientes será menor. Este acto, de mera supervivencia, quizá lleve antes o después a la desaparición de su sangre. La pandemia sufrida no hizo sino agravar un panorama hartamente complejo.

Si bien es cierto que, según los datos del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, las ganaderías de toros de lidia en España aumentaron en 109 desde 2001 a 2012 —de 1.064 a 1.173—, desde este último año a 2023, disminuyeron en 222: se contabilizaron, exactamente, 951. No es la cifra más pequeña en este intervalo. El triste honor recae en 2021, en plena pandemia, con 941 hierros de bravo: diez menos que en 2023. Sea como fuere, en lo que va de siglo se han perdido más de un centenar de ellos¹⁵.

Si la labor encomendada a las ganaderías bravas ya es de por sí ardua —la de proveer de toros de lidia con los atributos físicos y de comportamiento exigidos a su raza—, a ello se suman obstáculos externos. Tal es el caso de los animalistas, enemigos comunes de todos los actores, principales y secundarios, de la liturgia taurina. No son un adversario nuevo ni siempre han vestido los mismos ropajes: mucho antes de que el toreo a pie se

¹⁵ N. A.: Datos obtenidos de distintas secciones estadísticas del portal del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación (<https://www.mapa.gob.es>), consultadas en el mes de abril de 2025.

implantara en España, ya existían voces que censuraban nuestra fiesta. No obstante, hoy se da una particularidad respecto a épocas anteriores: buscan crear un clima social abiertamente hostil hacia ella, además de torpedear todo aquello que legislativamente la respalde. Prueba de ello fue la tramitación, en el Parlamento Europeo, del marco de ayudas de la Política Agraria Común para el periodo 2023-2027: se presentaron dos enmiendas destinadas a discriminar a las ganaderías de bravo; afortunadamente, ambas fueron desestimadas.

Inicialmente, nos detendremos en las decisiones adoptadas, al inicio de este siglo, para corregir los aspectos negativos que afectaban al toro. Más adelante, consideraremos los desafíos que nuestros ganaderos tienen por delante y cómo pueden afrontarlos para salir victoriosos de ellos.

Logros

A comienzos del siglo XXI, en lo concerniente al toro en la plaza, dos problemas sobresalían entre todos los que contribuían a su desprestigio. Por un lado, la frecuente sospecha de manipulación de sus pitones. Por otro, su exasperante debilidad: muchos astados perdían constantemente las manos llegado el último tercio. Todos tenemos *in mente* la imagen del matador perseverando en reincorporar al toro derrumbado a base de zapatillazos en la arena y reiterados alzamientos de muleta en el hocico, ante la supina, y justificada, irritación de los espectadores.

Se debe reconocer a los ganaderos la voluntad y, en mucho, el logro de paliar ambos males. Reparemos en las soluciones tomadas.

Fundas

En 2005, Ricardo Gallardo optó por proteger los pitones de los toros de su ganadería, Fuente Ymbro, con fundas que, además de impedir su deterioro —mácula que tal vez hiciese suspender el examen de la res en el reconocimiento veterinario previo a la corrida—, evitaban muertes por cornada en las peleas habituales en la dehesa. Su utilización, en los comienzos, fue muy controvertida. Sus detractores aludían al debilitamiento originado por el abrigo artificial de las astas, al supuesto material corrosivo con el que estaban elaboradas y al daño ocasionado al retirarlas: estimaban que esta última operación era un afeitado encubierto por lo que tenía, para el toro, de pérdida de longitud de su arma: la cornamenta. Mas, siendo como fuere, la protección de las astas, con fundas perfeccionadas, ya es una práctica habitual en la mayoría de las

ganaderías españolas, excepción hecha, curiosamente, de algunos hierros legendarios, tales como Victorino Martín, Murube, Prieto de la Cal, Dolores Aguirre o Celestino Cuadri. Este último entiende la medida en ganaderías de escaso monte, circunstancia que no es la suya.

Alimentación

Si hay algo incuestionable en la tauromaquia contemporánea es que el toro, durante los veinte minutos de duración de la lidia, ha de hacer honor a su estirpe. La energía, la fuerza, no son cualidades opcionales: debe rendir como se espera. Por todo ello, como la de un animal de competición, el alimento que ingiera, los años que permanezca en la dehesa, será objeto de sumo cuidado. El Unifeed ha facilitado esta tarea: con este mezclador el ganadero suministra la comida en las proporciones nutritivas que juzga óptimas. Los resultados han cumplido con creces las metas planteadas.

Entrenamiento

Si esto decimos de la alimentación, algo similar cabe declarar acerca de su preparación física. En este sentido, el desaparecido Juan Pedro Domecq Solís ideó el *tauródromo*, una pista para que los animales realizaran ejercicio según una programación y un ritmo preestablecidos. Hoy en día, encontramos esta instalación en numerosas ganaderías, evidenciando lo provechoso de este hábito.

En una entrevista a *ABC*, el propio Domecq Solís justificaba su iniciativa: «Se exigen faenas más largas y necesitan mejor forma. Así empecé con el *tauródromo*, de 1,5 km, donde corren tres veces por semana para su mejor recuperación en la lidia»¹⁶.

Las características constructivas ideales, según diversos artículos especializados, contemplan una orografía suave y un firme de tierra blanda, condiciones que permiten al toro ejercitarse con menor riesgo de lesión y mayor aprovechamiento físico. En México, llamativamente, el trazado del *tauródromo* es ovalado, no lineal. Con una longitud de casi dos kilómetros, está recubierto de arena que amortigua el impacto sobre las articulaciones.

En este país, durante la feria de Aguascalientes de 2007, se celebró la primera corrida con un encierro preparado en un *tauródromo*, el de Jaral de las Peñas, concretamente.

¹⁶ Juan Pedro Domecq Solís, entrevista realizada por Antonio Astorga, «*Juan Pedro Domecq: "Busco un toro más fiero, pero no se logra en un momento"*», *ABC*, 3 de septiembre de 2010.

En dicha oportunidad, el matador Fernando Ochoa cuajó e indultó a *Lantano*, y los más de 120 pases con la muleta ponen de manifiesto la resistencia física adquirida a través de esta costumbre.

Retos

Todo apunta a que, en próximas décadas, al astado que salga al ruedo, se le pedirá, además del lógico trapío, y las imprescindibles casta y bravura, una dosis elevada de fuerza: intuimos que el intenso desarrollo de los tercios así lo exigirá.

Igualmente, es necesario considerar cómo deben presentarse nuestras ganaderías ante quienes se oponen o muestran desinterés por la fiesta de los toros. No conviene echar en saco roto que las administraciones, atentas a la opinión pública, son las encargadas de otorgar las subvenciones que, constituyendo un derecho de la cabaña brava, resultan imprescindibles dada su castigada economía. Es fundamental que la sociedad comprenda el enorme beneficio que las reses de lidia aportan al ecosistema de las dehesas.

Consolidación y mejora de los avances

Anteriormente, mencionábamos las fundas, los *tauródromos* y el Unifeed —magnífico mezclador y surtidor alimentario—, como innovaciones que han beneficiado al toro bravo, logrando una mayor confianza de los aficionados en la integridad de sus astas y a que el número de caídas haya disminuido pese a, en ocasiones, su excesiva corpulencia, reclamada por un amplio segmento de taurófilos.

Pero estas que fueron novedades son susceptibles de optimización. De hecho, las fundas, en un principio de resina, fueron modificadas por otros materiales —entendían los expertos— menos dañinos para los pitones. Del mismo modo, y con el estudio preceptivo, pueden perfeccionarse tanto el *tauródromo* y el entrenamiento que en él se practica como el porcentaje de los nutrientes en la comida proporcionada. La revolución cibernética, citada como una característica descollante de este siglo XXI, nos será de utilidad en la fase de investigación cuyo colofón será la formulación de una batería de medidas que actualicen las contribuciones antedichas.

Otro tanto diremos de la etapa de la selección de reses para obtener unos resultados sobresalientes de casta y de bravura. Aquí el despertar digital prosigue de la mano de Juan Pedro Domecq Morenés, cuyo nombre y primer apellido están intrínsecamente unidos a la modernización del campo bravo. Una consultora tecnológica, sumando los datos obtenidos en corridas de este hierro con los que él poseía de sus ancestros, y cuya

antigüedad es de un siglo a esta parte, se ha traducido en algoritmos que buscan el éxito en la selección referida. Intuimos que esta clase de programas, tan vinculados con la inteligencia artificial, serán en un futuro herramienta ordinaria en nuestras ganaderías.

Un discurso urgente: la ganadería brava como custodia de nuestro ecosistema

Vaya por delante que urge una explicación a la mayoría de los extraños a la fiesta brava de qué es una corrida de toros. Muchos la perciben como un simple espectáculo —en este reduccionismo, desgraciadamente, incurren bastantes aficionados— cuando más apropiado sería describirla como una liturgia; profana, de acuerdo, pero liturgia al fin y al cabo. Afirmar que en ella se mata al toro es tan cierto como inexacto. Más correcto sería indicar que se le sacrifica.

En tiempos de bienestar animal, cuando se cuestiona dónde debe discurrir su vida, no hay lugar comparable al campo bravo. Sobra todo comentario, por obvio, si confrontamos una ganadería de toros de lidia con una ganadería estabulada; sería tal si pusiéramos, una al lado de otra, dos palabras: libertad y hacinamiento. Además, los beneficios que conlleva la presencia del toro bravo en el campo son numerosos. Estos son algunos:

- Exige un gran espacio físico para su crianza, lo que supone un escaso impacto perjudicial para su hábitat, algo que no sucedería si esa extensión rústica se empleara para la explotación de otras especies.
- Su figura protege a animales en vías de extinción, tales como el lince ibérico, el águila imperial o la cigüeña negra.
- Ejerce un efecto favorable en su universo cotidiano: evita la invasión de matorral e impide la erosión del suelo y su desertización.
- La dehesa actúa como sumidero de dióxido de carbono y es fuente productora de oxígeno.
- Gracias a la vigilancia constante del ganado, ayuda a prevenir incendios y se reduce su propagación por el desbroce y cortafuegos naturales.

EL TORERO EN EL SIGLO XXI

La transición

Al hablar de un estilo artístico, surge el problema de que sus características, según el canon establecido, están en un comienzo contaminadas de las del anterior. En otras palabras, ambiguo en un principio, sus atributos se depurarán hasta lograr la presunta unidad que lo definirá: su nacimiento está impregnado del que lo antecedió, y en su ocaso contagiara en algo al movimiento que le sigue.

Taurinamente, hallamos toreros que se han mantenido en activo todo o gran parte del primer cuarto del siglo XXI, que no desentonarían como matadores de la segunda mitad del pasado siglo. Enrique Ponce o el Juli, Finito de Córdoba o Fernando Robleño —nótese que mencionamos diestros de diferente corte—, nombres que, estimo, los hubiéramos podido leer en carteles de la década de los setenta u ochenta. ¿Pero otros? ¿Por ejemplo, Morante de la Puebla?

Casi siempre que se habla de Morante de la Puebla, se ensalza, con merecimiento, los quilates artísticos de su tauromaquia. No obstante, se destaca de manera equitativa su empaque, su verdad y su técnica, siendo así que, los muchos partidarios del diestro cigarrero, amantes del toreo sustentado en el esteticismo, no lo ponen al lado de otros nombres que lo practicaron en el pasado: aquellos eran irregulares, con Morante de la Puebla en el ruedo, es muy posible que el respetable presencie una faena para el recuerdo: su duende no es para nada cicatero.

En los albores del siglo XX, en la figura de Joselito, el *Gallo*, se consigue el ideal de la tauromaquia hasta entonces conocida y, en esos mismos días, Juan Belmonte sienta las bases de la tauromaquia que, a partir de él, será la predominante. Pues bien, si páginas atrás afirmábamos que el siglo XX termina con un diestro, José Tomás, del que los aficionados, como era común entre los contemporáneos del Pasma de Triana, animan a verlo torear cuanto antes, ya que su osadía le hará, en el mejor de los casos, colgar más pronto que tarde los trastos, este siglo, el XXI, se inicia con un torero, Morante de la Puebla, que logra la perfección de la tauromaquia de la que fuera precursor el Pasma de Triana; es, permítanme la *boutade*, un Joselito —de ahí su gallismo indisimulado— del arte de Belmonte. Conviven en él las dos almas.

Sin una complejidad tan notoria como el de la Puebla del Río, no es ni mucho menos el único con un carácter poliédrico del escalafón. Veamos.

La heterogeneidad del torero del siglo XXI

Definir a un torero, de cualquier época, con una sola palabra es siempre impreciso; no cabe duda de que deben añadirse matices para que su retrato como matador de toros sea más certero. Ahora bien, en estos veinticinco años que llevamos recorridos de la presente centuria, es más exacto hablar de toreros con personalidad entrelazada, quién sabe si por los muchos méritos que deben presentar para la firma de contratos o por las condiciones más exigentes de las actuales reses bravas.

¿Acaso *clásico* es el único término que nos viene a la cabeza al hablar de Emilio de Justo o de Paco Ureña? Siendo el principal rasgo del toreo de ambos, omitir sus desmedidas agallas sería faltar a la verdad. Hablando de agallas, qué resaltaríamos de Antonio Ferrera, ¿ellas o su inimitable personalidad? Por cierto, a la par de personalidad y de técnica tiene en sus muñecas Alejandro Talavante. Y para técnica y poder, Sebastián Castella. Y si a una y otro sumamos el tirar la moneda al aire en algunas fases de lidia, nombremos a los jóvenes Roca Rey, Fernando Adrián, Tomás Rufo o Borja Jiménez.

Un ejemplo paradigmático es el de Curro Díaz: desde que en 1997 tomara la alternativa, ha matado casi un centenar de *victorinos*. Hace unas décadas, era impensable que un estilista de su talla se pusiera delante de un animal con las inquietantes peculiaridades de estos cárdenos. Otro gran torero de idéntica categoría, Diego Urdiales, los ha estoqueado a menudo; pero en él fue en el tortuoso camino que anduvo hasta que fue justamente reconocido como lo que es: un intérprete del toreo más exquisito.

Muchas veces, pienso, toreros con pocos años de alternativa no carentes de talento para obtener el reconocimiento de la afición más conspicua, no culminan el objetivo de conquistar la cima del escalafón por entender el toreo de un modo excesivamente restrictivo, lo que les hace proyectar una frialdad que obstaculiza, y cómo, la necesaria comunicación con el tendido. No se trata de ser desleales consigo mismos, sino de agregar algún ingrediente que potencie, a ojos de los demás, su propia personalidad.

Los toreros de hoy y del mañana

Llegados a este punto, consideremos las cualidades, aparte de la deseable heterogeneidad, que debe reunir el diestro que aspire a labrarse un nombre en el planeta de los toros. Evidentemente, existen otros elementos —muchos imponderables— que influirán en sus logros; sin embargo, deberá ostentar las virtudes que siguen.

Formación teórica y práctica

Las más de las veces, el niño que sueña con acartelarse en una gran feria, de entrada llamará a las puertas de una escuela taurina. Por supuesto, el saber necesario lo adquirirá no sólo allí, también en los tentaderos a los que acuda, a través del consejo de toreros de sobrada experiencia y en los festejos en los que se le dé la oportunidad de participar. No obstante, ese contacto preliminar será fundamental en el devenir de su carrera.

A tenor de los frutos cosechados por las escuelas taurinas abiertas a lo largo y ancho de la geografía española, el recelo que albergábamos muchos aficionados y diestros —como el mismísimo Morante de la Puebla—, no se ha materializado, y este era que el paso por un centro académico cercenase el carácter del alumno en beneficio de una instrucción gélida y monocorde. Toreros tan variopintos, por citar algunos, como Juan Ortega (escuela taurina de Córdoba), Román (escuela taurina de Valencia), Emilio de Justo (escuela taurina de Cáceres) o Jarocho (alumno, primero, de la escuela taurina de Salamanca y, posteriormente, de la José Cubero *Yiyo* de Madrid), son prueba palpable de que el aprendizaje de recursos taurinos no está reñido con la singular identidad creativa.

El sello del torero: la personalidad

Si hay una cualidad innegociable en el torero del siglo XXI, esa es la de la personalidad. La que distingue a un torero que, a lo sumo, actúe en alguna que otra corrida a lo largo de la temporada y aquel que es el sueño de toda empresa, anhelante de ver su nombre anunciado en el coso que regenta. El primero, será un simple artesano; el segundo, un artista. Porque no olvidemos que la fiesta de los toros es una manifestación que ha alcanzado la categoría de Arte y, cómo tal, quien despunta en su ejercicio debe poseer una marcada personalidad que, en algunos casos, va más allá de la particular interpretación de las suertes. En el toreo, ser distinto es virtud.

Determinación sin ambages

Como en la parábola del banquete de bodas, muchos los llamados pero poco los elegidos. Todo torero, consciente de su destino, debe mentalizarse de que en algunos momentos estará obligado a traspasar la línea que marca la prudencia si su afán es figurar entre los mandones del toreo en tiempos que, quizá, no se programen tantas funciones como los aficionados quisiéramos. Y aunque el número de festejos mengüe, no así, pensamos, la bravura del toro. Ante tal horizonte, todos recordamos la frase de Juan Belmonte, «Dios

te libre del toro bravo». Pero el torero del siglo XXI debe rogar encontrarse en su camino con muchos toros bravos, para, delante de ellos, eso sí, estar a la altura de la sangre de su raza.

Un atleta de élite enfundado en un traje de luces

La preparación de los toreros ya no se limita a un simple cuidado físico que, antaño, se reducía casi exclusivamente a la rutina del frontón —en el que se corre hacia atrás, como tantas veces durante la faena— y, en ocasiones, a un trote no muy prolongado. En nuestros días, el entrenamiento de muchos toreros se asemeja al de un atleta que, con la mirada puesta en un compromiso importante, sabe que su cuerpo es la principal herramienta para vencer; ellos, en la plaza.

A este respecto, resultó esclarecedora la conferencia que, en abril de 2018, pronunció el endocrino Antonio Escribano en los Encuentros de Tauromaquia organizados por la Universidad Menéndez Pelayo de Sevilla. En ella, Escribano desveló cómo el entrenamiento físico de los toreros ha trascendido la tradición y se ha convertido en una disciplina tan rigurosa y meticulosa como la de cualquier deportista de élite. Resistencia, velocidad, fuerza y agilidad son ahora esenciales en la preparación de los toreros, sin ellas enfrentarse a un toro bravo sería casi impensable.

Antonio Escribano aludió a la dieta alimentaria que deben adoptar los toreros, orientada a optimizar el rendimiento, conservar la energía y, sobre todo, prevenir la fatiga, una de las amenazas más peligrosas en un arte donde cualquier descuido puede acarrear un fatal desenlace. En definitiva, la tauromaquia se reinventa y abraza los adelantos científicos del deporte de alto rendimiento.

Los reyes del futuro

La juventud, el latido de los corazones bravos

En nuestra reflexión inicial sobre los rasgos distintivos de este siglo que influyen en la tauromaquia, señalábamos la juventud como un factor determinante. Siempre ha sido así: en cualquier época, ella es la fuerza impulsora del cambio, el motor de toda transformación. Pero hoy, cuando la revolución cibernética marca el pulso del mundo, su protagonismo es aún más evidente ya que los avances tecnológicos están intrínsecamente ligados a esa edad de la vida. Por ello, los toreros recién llegados, y los que les seguirán, jugarán un papel clave en la tauromaquia del siglo XXI.

La tauromaquia trasciende a lo que pasa en el redondel. Tejido con valores éticos, culturales y humanos, constituye un universo en el que los jóvenes encuentran aquello que les niega la vida contemporánea, tan inane, tan desvinculada de un pasado que también les pertenece. Por eso, la nueva hornada de toreros se convierte, para sus coetáneos, en referente, en símbolo de un ideal que admiran y asumen como propio. Y estos toreros, hijos de su tiempo, dialogan con su generación en el lenguaje de la modernidad: en las redes sociales, ese ruedo intangible donde la pasión se comparte y, paradójicamente, la tradición se proyecta hacia el futuro.

¿Una mujer como dueña del cetro del toreo?

Aquellos profanos en tauromaquia creen que la práctica del toreo ha sido un territorio vedado a las mujeres. Se sorprenderían al descubrir las muchas que han pisado la arena a lo largo de la historia sin pasar en absoluto desapercibidas. Hasta una, Nicolasa Escamilla, *la Pajaruela*, fue inmortalizada en un dibujo a la sanguina por el mismísimo don Francisco de Goya y Lucientes. En *Las señoritas toreras* (Boado y Cebolla, 1976) se recopila esta y otras hazañas de pioneras como ella.

De acuerdo, en el toreo a pie, con la salvedad de Maribel Atienza y Cristina Sánchez, la mujer vestida de luces se ha visto como algo exótico. En buena medida porque, pese a los conatos antedichos de hallar su lugar en la fiesta de los toros, representaba una nota discordante en una realidad eminentemente masculina donde los roles parecían inamovibles. Y el de la mujer, si debía desempeñar un papel relevante, era delante de un altar con una oración en sus labios para que el hijo o el marido que, en la plaza, arriesgaba su vida saliera indemne de la cita.

Pero he aquí que, en esta nueva sociedad en la que vivimos, la mujer ha reclamado su espacio en todos los ámbitos, y el taurino no podía ser una excepción. Es cierto que, si la mujer anhelante de tener un puesto en nuestra fiesta no está a la altura requerida, poco importará su género. Ahora bien, si no está huérfana de condiciones, se abrirá paso hasta donde su determinación la lleve. Varias se postulan para hacerse un hueco: la ya matadora Rocío Romero y, entre otras, las novilleras Raquel Martín, la francesa Gabriela Mayor u Olga Casado.

En los mentideros taurinos, el nombre de esta última está en boca de todos. Sus maneras. Su feminidad. Su torería, hecha de fragilidad y de acero, con la que se desenvuelve en la plaza. Y su forma de torear, por supuesto. Nada le falta a Olga Casado para consagrarse,

en un futuro, como figura del toreo. Quién sabe si el festival por las víctimas de la DANA celebrado en Vistalegre el primero de diciembre de 2024 significará para ella lo que para José Miguel Arroyo, *Joselito*, significó el festival por los damnificados del volcán Nevado del Ruiz. Es demasiado pronto, incluso prematuro, para responderlo. Sin embargo, sea ella u otra, no es disparatado imaginar que, algún día, el nombre de una mujer sea el primero que aparezca en el escalafón.

NUEVAS SUERTES DEL SIGLO XXI

Primer tercio

Suertes con el capote

Desgraciadamente, el toreo con el capote ha perdido relevancia con respecto a épocas precedentes. Con ello no negamos la existencia de grandes intérpretes del toreo en este tercio. Antes al contrario, en el panorama taurino existen capotes excelsos —Morante de la Puebla, Daniel Luque, Juan Ortega o Pablo Aguado—, únicamente constatamos, por lo significativo, que en muchas corridas, más de las deseables, el toreo con el percal, con alguna enjundia, hace mínimamente acto de presencia.

Quizá sea, pienso, que la desmedida importancia del toreo con la muleta lleva a muchos toreros a optar por no exigir al astado más de lo preciso en el arranque de la lidia para que, así, el animal llegue al último tercio con el mayor vigor posible. Sea como fuere, no inframos que esto será definitivo en el tiempo; las tendencias son eso, tendencias, y no es descabellado pensar que volverá a ganar en valor lo que el torero haga con el capote.

Con esta premisa, comprendemos que en lo que llevamos de siglo haya habido pocas novedades en este tercio inicial. Además de, por parte de José Tomás, variaciones con el compás abierto de chicuelinas y gaoneras —también, con la muleta, de manoleínas—, únicamente registramos las *escobinas* y las *lopecinas* de Julián López, *el Juli*, una reformulación, las segundas, de las *zapopinas* mexicanas; aunque el llamativo quite del maestro madrileño en puridad es de finales del siglo XX: fue en 1998, en Mérida, cuando lo realizó por vez primera.

El detalle de su origen nos da un indicio de cuál puede ser la procedencia de nuevas suertes con el capote. Porque en este terreno, las aportaciones de la tauromaquia mexicana han sido innumerables —entre otras muchas, aparte de las ya mencionadas gaonera y *zapopina*, la *fregolina*, la *brionesa*, la *caleserina* o la *tapatía*—. La vistosidad

con el percal se diría indisolublemente unida al alma de Méjico. Quién sabe si nos aguardan novedosas reinterpretaciones de las ya existentes, como fue la del Juli con la *zapopina*, y otras surgidas de la fecunda fantasía que brota de esos ruedos allende el mar, siempre y cuando los intolerantes de aquellas tierras no rasguen toda seda con las tijeras de la censura.

Aunque no nuevas, existe la posibilidad que retornen del ayer suertes capoteras hoy hibernadas, como son el galleo *del bu* o el quite de la mariposa, rescatadas por un Morante de la Puebla permanentemente atento a que, no sólo la tauromaquia, sino su misma historia, se mantengan vivas. La última entrega de este cometido, el maravilloso recibimiento con largas a una mano al cuarto de la tarde, este primero de mayo, en Sevilla.

Modificaciones reglamentarias y estudio de la suerte de varas

Desde tiempo ha, revitalizar la suerte de varas es un propósito constante. Profundamente bella cuando se efectúa según marcan los cánones —recientemente tenemos el ejemplo de Puchano con un toro de la Quinta en Valencia—, necesaria por lo que tiene de examen de bravura, propicia, aminorando la fuerza del animal y ahormando su embestida, el correcto desarrollo del resto de la lidia.

En consecuencia, algunos reglamentos autonómicos redactados este siglo han buscado un primer tercio no tan demoledor para el toro. El de Andalucía —Decreto 68/2006, de 21 de marzo— y el de Castilla y León —Decreto 57/2008, de 21 de agosto— reducen 13 mm la puya; fijan el peso del caballo entre los 450 y los 600 kilos; el peto no subirá, según lo que disponen, de los 25 kilos; y al matador le será permitido solicitar, luego de un puyazo, el cambio de tercio, en tanto no se trate de una plaza de primera categoría.

Con idéntica voluntad de mejora, en Alba de Tormes, en marzo de 2023, se lidiaron seis toros con una serie de innovaciones para analizar cómo rendían en la práctica. Fueron diseñados por el Instituto Internacional de Investigación de la Tauromaquia, con la colaboración de Manolo Sales y el veterinario Julio Fernández. La puya propuesta era de punta piramidal de cuatro lados y carecía de cuerdas. Además, se introdujo otra invención: un estribo acolchado para mitigar, en el toro, el impacto craneal. Según los presentes, los frutos de aquella y de este fueron positivos ya que eran menos lesivos, y la prueba de bravura, para todos, se tornó más sugestiva.

Esta puya cuadrangular también ha sido probada con éxito en América. Cabe subrayar que con una de ellas, el 25 de noviembre de 2023, fue picado el toro *Forastero* de la ganadería Huagrahuasi. Lidiado por Julio Ricaurte en la plaza ecuatoriana de Riobamba, no sabemos si con una puya tradicional le habría deparado el mismo destino: el indulto.

Segundo tercio

Modificaciones reglamentarias y estudio de la suerte de banderillas

Andalucía, en el ya citado reglamento, describe meridianamente cómo debe transcurrir el tercio: señala cuántos pares se clavarán —dos o tres, y uno más si lo solicita el matador—; el orden de actuación de los banderilleros y, en un ejercicio de previsión, consiente que se reduzca el número de rehiletes si, a causa de la lluvia, el estado del ruedo fuera peligroso.

El País Vasco, en su reglamento aprobado en Decreto 183/2008, de 11 de noviembre, se preocupa de fijar la longitud de las banderillas y de los arponcillos, así sean ordinarios —60 mm su longitud visible, 40 mm los arponcillos— o sean de banderillas negras —en este caso la longitud visible será de 80 mm—.

Como era de esperar, el tercio de banderillas fue objeto de atención en Alba de Tormes. El arponcillo fue sustituido por un punzón cónico —mismo sistema aplicado para las divisas— y, con la intención de reducir las molestias para el matador ocasionadas por el cimbreo de los palitroques, estos, los creados por Manolo Sales, estaban diseñados para caer sobre el cuerpo del animal mediante un sistema retráctil. Sin embargo, tras su uso, entre los profesionales surgieron ciertas dudas: algunas banderillas terminaron en el anillo y, en otros casos, el mecanismo no funcionó correctamente.

Tercer tercio

Suertes de muleta

De manera indiscutible, este es el episodio más importante de la lidia actual que, claro está, debe ser refrendado con la espada. Esta trascendencia no es un parecer subjetivo. Los hechos hablan elocuentemente por sí solos: son muchas las faenas en las que los dos primeros tercios han sido mediocres, e incluso nefastos, y, gracias al buen hacer con la muleta, el torero ha catado las mieles del triunfo. Todo son conocedores de este posible escenario. Por ello, los toreros insisten —a menudo hasta la desesperación del respetable— por ver si el astado guarda algunas embestidas templadas. Es indiferente

que los minutos caigan: caso de que el diestro logre el beneplácito de los oles y entierre el estoque, los tendidos se poblarán de pañuelos blancos. Aunque haya sonado el aviso.

Los datos lo corroboran. En estos últimos años, en Las Ventas, varios matadores de toros han tocado pelo pese a oír la acústica advertencia: en 2022, Javier Cortés, Alejandro Talavante, Álvaro Lorenzo, Tomás Rufo, Ángel Téllez y, en dos oportunidades, Gómez del Pilar. Hasta un diestro, Roca Rey, desorejó uno del lote que lidió en la corrida del Día de la Hispanidad. Al año siguiente, en 2023, fueron Ginés Marín, Gómez del Pilar y Borja Jiménez los que pasearon un apéndice aunque oyeron el aviso; y hasta en dos ocasiones sonaron los clarines antes de que el alguacilillo le entregara una oreja a Roca Rey en el festejo del 14 de junio. En la misma tesitura se halló el torero peruano en 2024, y ese año, el Día de la Hispanidad, tanto Miguel Ángel Perera como Emilio Justo corrieron la misma suerte. Una oreja luego de un aviso cortaron Román, por dos veces, Borja Jiménez, Samuel Navalón y Víctor Hernández.

El dilatado intervalo temporal de las faenas de muleta propicia la creación. La reiteración de pases idénticos a lo largo de este extenso lapso de tiempo quizá induzca a la monotonía, un temor que acecha al torero, quien, consciente de que la uniformidad resta emoción a su actuación, persigue que la intensidad no se desvanezca.

Vayamos con las principales suertes con la muleta que se han creado hasta la fecha en este siglo XXI.

- *Poncina*: Esta suerte, creada por Enrique Ponce, se inicia con la pierna izquierda estirada y la derecha flexionada, de espaldas al toro y con la muleta en la mano diestra. El torero cita, enlaza un muletazo invertido con un pase redondo y cambia de mano a mitad del pase, alternando también la pierna flexionada. Suele rematar por alto y, según el celo de la embestida, decide si continuar o concluir la serie.
- *Luquesina*: Daniel Luque lleva a la plaza lo que, en el campo, vio a Juan Pedro Domecq. Consiste en unos muletazos encadenados con cambios de mano a la espalda ejecutados sin el estoque de ayuda.
- *Talavantina*: Variante de la *arrucina* que, erguido o de rodillas, Alejandro Talavante materializa durante una serie de rechazos, generalmente, interrumpiendo su lógica al pasar la muleta a la espalda para, luego, continuar toreando con pases de una naturaleza u otra, según la improvisación del diestro.

- *Castellina*: En una tanda con la derecha, el torero, de pronto, se deshace de la ayuda para posteriormente sostener la muleta por la armella. Así, con la tela roja en forma triangular, prosigue. Su autor, como su nombre indica, es Sebastián Castella. Con la mano izquierda se conoce como *rocareysina*, bautizada así por su creador: Fernando Roca Rey, hermano de Andrés.

Dado el devenir del toreo, lancémonos a inferir cómo, quizá, serán las nuevas suertes con la muleta que nos deparará el futuro. No se trata de que cada una de ellas reúna todas las características que siguen, sino de que, como mínimo, esté una de las referidas en su concepción. El previsible mayor celo del toro será una circunstancia a la hora de imaginarlas y concretarlas.

- Podrá tratarse de series conformadas por pases distintos entre sí, con la intención de expresar variedad comprimida en una tanda.
- Para resaltar el valor del diestro, se prescindirá del estoque simulado al manejar la muleta con la mano derecha, reduciendo así el tamaño del engaño.
- El fundamento de la suerte será su cite, que será de manera insólita para acentuar la sensación de riesgo.
- En el afán de subrayar la amenaza que corre su integridad física, el torero podrá llevar a cabo la suerte de rodillas, apoyado en una óptima condición física que permitirá afrontar esta exigencia.

Estudio de la suerte de matar

En Alba de Tormes, en marzo de 2023, se probó una nueva espada cuya concepción buscó adaptar el instrumento tradicional a las necesidades actuales. Partiendo de la premisa de que, como prolongación de la muleta, la longitud del estoque real es irrelevante dado que no se emplea en las suertes con la franela, se ideó un modelo más corto y ligero, con una hoja recta, plana y de mayor anchura. Esta estructura presenta una afiladura en tres cuartas partes en ambos lados, lo que contribuye a acelerar la muerte del animal, reduciendo así el tiempo de su agonía.

La propuesta fue recibida favorablemente por la gente del toro, quienes valoraron positivamente la eficacia de esta espada, pendiente de otros ajustes adicionales. Prueba de ello es que varios coletudos, como Emilio de Justo, con alguna variación —la suya, levemente curva— la empuñan en este último trance.

EPÍLOGO

«Un hombre, un animal y un escenario. Desde hace más de tres siglos, se citan en el ruedo toreros y reses bravas para officiar la fascinante liturgia de la lidia». Así comenzábamos este trabajo, y en este instante, cuando nos disponemos a poner el punto final, luego de examinar el presente y vaticinar su futuro, estamos en condiciones de afirmar que esos dos protagonistas, en ese lugar, se reencontrarán durante muchos, muchísimos, años más.

Así mismo, hacíamos mención de que, siendo un mismo rito eminentemente épico, en sus inicios se enfatizó el componente heroico para, con posterioridad, después de un periodo en el que el dominio del toro parecía su razón de ser, se persiguió la armonía formal en lo que se realizaba en el redondel. ¿Y en la actualidad? ¿Continúa el anhelo de elevar lo sublime sobre lo brutal el rasgo predominante?

La tauromaquia presenta una serie de valores que, en un mundo donde la frivolidad campea por sus fueros, aún se manifiestan cuando en una plaza suenan clarines y timbales. El valor. El compañerismo. La solidaridad. La belleza más generosa. La verdad que late en un espacio en el que la vida y la muerte se presentan sin ningún tipo de disfraz, de disimulo, de trampantojo. Todo lo que allí sucede habla a lo más recóndito de quienes lo presencian: es un diálogo, en un idioma atemporal, compartido simultáneamente con nuestros ancestros, cuya sangre aun corre por nuestras venas. Un diálogo que, hoy, es más inteligible que nunca.

Tal vez sea, será, lo más característico, con relación a la fiesta de los toros, en este siglo XXI. Algo que trasciende lo material, que sobrepasa, física y temporalmente, lo que ocurre en la arena, siendo esto, por supuesto, esencial. Porque lo que un día fue arte, se hizo Arte y, ahora, es ya un modo de ver la vida, de estar en ella. Es decir, una ética: **la Ética de la tauromaquia.**